

Con Vocación De Espina

Editorial Portilla Foundation

First Edition

© Diego Niño (2011)

All rights reserved. No part of this book may be reproduced, stored in retrieval system, or transmitted in any form or by any means, electronic, mechanical, photocopying, recording, or otherwise, except as may be expressly permitted by the applicable copyrights statutes or in writing by the author.

Manufactured in the United States of America

For information writer:



Editorial Portilla Foundation

**Con Vocación
De Espina
Diego Niño**

*"He comprendido cómo una palabra
de la materia azul de la espada
y con aguda vocación de espina
puede estar en la luz como una herida"*
Eduardo Carranza (domingo)

Prólogo

Vienes caminando por la calle que cubre una sombra que crece vertiginosamente. Una llovizna imprevista o el empuje de la curiosidad te llevan a una librería que te aguarda aferrada al crepúsculo. Lees y relees títulos, autores, géneros hasta llegar a un libro de un autor tan desconocido como el epígrafe pero en quien hay algo en la asociación de palabras que te impulsa a desenterrarlo del estante en el que lleva minutos acechando tu mano. Le miras el lomo, la carátula, lo abres en la novena página en la que aparece este texto que te lleva a la librería, al estante y a la ciudad en la que estás en este preciso instante pero esta vez desde los abismos de la imaginación de un individuo que tiene, al igual que tú, al igual que todos los seres humanos, todos los elementos de un personaje de novela y quien está bajando por las crestas del Claro de Luna de Beethoven. Te sientes, en consecuencia, atraído por casualidades que quizás nos sean tal cosa sino líneas trazadas desde el comienzo de los tiempos por la mano de algún dios jugueteón...

O quizás no te acerques por aceras o calles sino que te aproximes por los azares de un buscador. Miles de nombres corren, en consecuencia, por tus ojos a la velocidad que le imprime el dedo a la rueda del mouse. Te detienes en algunos autores famosos o en textos desconocidos; contemplas portadas y sinopsis en busca de aquel compañero que quieres tener al margen de la cama, faro y guía en las noches de insomnio o compañero de viaje, quizás acertado y prudente consejero. Llegas, de pronto, a un libro que es igual a millones salvo porque él, en este lugar y circunstancia, acaba de nombrarte, robando, de ese modo, una sonrisa cómplice y toda tu atención...

Sea como sea, acá estamos, apreciada lectora, querido lector. Solos tú y yo. Es hora, por tanto, que te hable de lo que sigue, de lo que está más allá de estas palabras que buscan animarte, acaso por pertenecer al prólogo, a que leas el libro de tapa a tapa, de comienzo a fin, sin dar tregua a las reflexiones o, tal vez, dando espacio a las pausas necesarias para digerir alguna frase, algún callejón que te lleve a tu niñez, a un amor esquivo o a un naufragio de recuerdos.

Lo primero que debo decir de este libro es que es el resultado de cincuenta y tres meses de publicaciones en el blog que lleva el mismo título de este trabajo. En ese periodo de tiempo publiqué cuatrocientas sesenta y tres post, como se denominan en la jerga bloguera, de quienes seleccione noventa y dos que fueron discriminados en siete categorías. El criterio con el que elegí dichas categorías, arbitrario como toda discriminación, se ajustó a la evolución del blog: inició como un espacio para la reflexión y la divulgación, por llamarlo de alguna manera, de evocaciones y aspectos de mi vida. Este concepto, sin embargo, fue fluctuando hasta la irrupción de *A más de mil kilómetros de ti*¹, la primera blognovela de la bitácora. A partir de ese instante el blog empezó a dar un giro hacia relatos e historias hasta arribar al veintidós de abril de dos mil nueve, día de la publicación del primer capítulo de *Hablando Solo*². Desde ese día *Con Vocación de Espina* se transformó en un lugar, con honrosas y bellas excepciones, para narraciones que giran en torno a temas de Amor-Desamor, Saudade, Epístolas y una especie de microrrelatos denominados Mínimas, acaso en oposición a las máximas que enseñan y educan.

Ahora bien, la distribución de los textos, a lo largo de cada categoría, es cronológica. Esta inicia, por tanto, en febrero de dos mil ocho (mes y año en el que se inauguró la bitácora), y terminan, en algunos casos, con textos de la semana pasada. El objeto de este trayecto es que tú, querido lector, tú, impaciente lectora, viajes por la evolución o retroceso, según tu criterio y gusto, de los textos en la misma dirección que viaja el torrente de este río caudaloso y escandaloso que algunos llaman Tiempo y otros tantos denominan, sin entrar en honduras técnicas, Vida.

Pasó, hechas las anotaciones (in)necesarias para comprender el criterio y las razones que tomé para que el libro tenga esta forma y orden, a la última oferta. Si mis palabras, amable lector, querida lectora, te han parecido adecuadas te invito a que te decidas a llevártelo a tu casa para que te acompañe en las noches

¹ Este texto había sido eliminado de la selección por la extensión pero, en este momento, decidí ponerlo para que seas testigo del elemento que tuvo la fuerza para desarticular concepto con el que había fundado el blog.

² Quien paradójicamente es la última blognovela publicada en la bitácora.

en las que el sueño se escapa por las rendijas de las tinieblas o para que sea fiel compañero de los días en los que te asalte el tedio. Ahora, si aún no tienes dudas, te exhorto a que abras el libro y te detengas, llevado por los vientos del azar, en alguna página y leas el texto correspondiente. Si no te gusta simplemente lo cierras y lo dejas abandonado a su suerte pero, si sucede lo contrario, llévalo para que sea parte de tus jornadas, de tus noche y días, para que permanezca en los cajones de tu escritorio o alineado con otros textos, aguardando como el fiel amigo que espera en algún recodo de tu vida.

Gracias por la paciencia
Diego Niño
(diegoninho@gmail.com)

Bogotá. 4 de julio de 2012

PERSONAL

Instantánea (2)

A Diego Patiño; en su cumpleaños número treinta

Seis miradas apagadas por la nostalgia. Era la primera vez, desde la despedida de Patiño en diciembre de 1999, que lográbamos congregarnos al conjunto de ingobernables jóvenes (en ese momento pensábamos -y quizás aún lo sigamos haciendo- que Naby se escondía, gracias a su estrenada condición de muerto, en el intersticio entre El Negro y Suarez). En algunos semblantes florece una madurez incipiente, en tanto que en otros la juventud sigue, por el contrario, vigente. La formación quiere imitar, sin éxito, la ceremoniosa fotografía que antecede los partidos de fútbol. El único que asume el papel de futbolista es el moreno que está acurrucado. Su nombre de pila es Diego Orlando (pero siempre nos referimos a él por su primer apellido: Patiño).

[Diego es un nombre que tuvo la virtud de ser abundante entre mis contemporáneos gracias a la fama meteórica de Diego Armando Maradona en los ochentas. Esa fue la razón, lo recuerdo bien, por la que lo acepté cuando mi padre me preguntó, a finales del año ochenta y cuatro, si quería llamarme Diego (hasta ese momento me llamaban -como continúan haciéndolo- Motas). Nadie recuerda, sin embargo, quién decidió que el destemplado Germán acompañara al primer nombre].

En el grupo se encuentra otro Diego: Diego Alejandro. Quien apoya la punta del pie derecho sobre la pierna de Patiño es Miguel Antonio (entre nosotros se conoce con el mote de El Negro). A su flanco derecho está Humberto Germán (conocido, al igual que Patiño, por su primer apellido: Suarez); y al lado de él está Navarrete (Diego Alejandro) y a su costado estoy yo. Cierra filas Walther con una seriedad que desentona con la ocasión.

Esta mañana llegaron, simultáneamente, el recuerdo de esta fotografía y la fecha del cumpleaños de Patiño. La reproducción la encontré en el CD que él dejó seis años atrás, la segunda se guarda en el sitio donde almacenamos las fechas asociadas a

nuestros afectos. Lo primero que descubrí –y que no había visto hasta ahora- es que la fecha de la fotografía es engañosa: no es el 2002 sino 2003 el año en la que fue tomada. La miro después de la corrección mental para hacer el arqueo de los cambios que el tiempo ejecutó en nosotros: mujeres que dejaron su huella tatuada en la piel, títulos universitarios, viajes, errores y aciertos. Al enumerarlos parecen pocos. Quizás porque hice, como sucede con todas las categorizaciones, una clasificación arbitraria. Pude, de hecho, haber afirmado que en seis años hicimos dos cosas: acertar y equivocarnos, en ese orden y en el inverso. Después del balance no pude evitar el impulso narcisista de ojearme largamente. Tenía más cabello y menos barba de las que tengo actualmente. Me estrenaba, por aquellos días, en la abstinencia etílica que ya cumple más de seis años de funciones. Me parece curioso que apoye, de esa forma tan ridícula, la mano sobre el hombro de Walther. Me quedo contemplándolo para saber por qué lo veo diferente. Luego de unos segundos recuerdo que a él, al Negro y a Suarez, los años le arrebataron la frondosa cabellera (al Negro gracias a que trabajo en Miraflores, Guaviare; los otros por causas desconocidas). Viéndolo bien, no hemos tenido mayores cambios físicos. En ese momento empiezo a articular quienes quedaron fuera de la foto: mi hermana, Cristina y Rocío. Es inevitable enlazar a Cristina con Naby, y a ellos con la borrachera bíblica en la que él confeso su amor. Fue una tarde en Villa de Leyva, en la casa de mi abuelo. Cuando llegamos no había nadie: sólo los perros y seis galones de Chicha. Con chicha, perros y tejos fuimos a celebrar hasta que la oscuridad impidió jugar. Cuando se extinguió la bebida espirituosa tomamos Tres Esquinas (la botella que sobrevivió a la carretera que une el pueblo con la vereda donde se ubica el domicilio de mi abuelo). Luego vinieron las confesiones. El amor, cuando se está en la adolescencia, es vergonzoso, pienso mientras la voz algodonosa de Naby llega a mi memoria. Lo deshonoroso, a mi edad, es admitir que se llegó a la madurez sin haberlo conocido. Son muchos los años que hemos compartido: a Patiño lo conozco desde febrero de 1991, a Suarez desde 1992 y a los demás desde 1993. Toda una vida, dicen los abuelos con voz nostálgica (quizás con el mismo tono con el que escribo estas líneas). Toda una vida, repito mientras examino las posiciones diseñadas para ser observadas seis años después.

Sonrío, segundos después, al suponer que he descubierto una nueva facultad del tiempo: redefinir la consanguinidad. A nosotros, en el año 93, sólo nos unía la relación generada por el compañerismo; dieciséis años después nos hermana el dolor de perder un amigo (Nabyl), la alegría de compartir las victorias y la certeza que no existe dificultad, por grande que sea, que rompa el vínculo...

Trote de las horas (1)

Dedicado a Diego Navarrete en su cumpleaños treinta y tres

Vamos en medio de la carretera que separa, o mejor, que une a Villa de Leyva con Arcabuco, es de noche, cerca de las ocho, es siete de diciembre de mil novecientos ochenta y siete, Día de la Velitas. Las montañas se iluminan por bombillitos pequeños que en realidad son montones de helechos, de hierba seca, de leña quemándose para saludar a la Virgen que pasará levitando encima de las volutas de humo. El año anterior, recuerdo mientras avanzamos en esta oscuridad tan densa que hay que separarla con las manos, ayudaba a mi abuelo a reunir helechos, chamizos, troncos grandes y pequeños que se fueron amontonando, que fueron creciendo, avanzando en su afán de remontar las alturas de las que bajaron para transformarse en este cúmulo de materia inerte; después, cuando el tumulto superaba los dos metros, cuando la noche se hizo espesa, mi abuelo prendió un trapo y lo lanzó al montón que se encendió inmediatamente con una furia descomunal, gemían los troncos en su última agonía, la llama crecía y crecía y crecía y crecía en busca del tapete de estrellas que titilaban indiferentes a nuestros destinos, a nuestras desventuras. Yo no sabía si gritar o llorar de la impresión que me causaba esa enorme bola de fuego que expelía un calor capaz de deshacernos con la misma eficiencia con la que consumía helechos, troncos, chamizos desperdigados en sus entresijos. Entre más crecía más nos alejábamos por la impertinencia de las llamas, “así es el infierno”, afirmaba Cleotilde, la compañera de mi abuelo, la moza, como le decía mi mamá con un odio visceral, “por eso hay que leer las Sagradas Escrituras”, concluía con la mirada extraviada, con la voz perdiéndose en los meandros de la demencia que se la llevaba de año en año por caminos de herradura, por calles empedradas, a gritar incoherencias, a vociferar con la boca llena de espumarajos, con una biblia maltrecha que años después yo le robaría, hasta que los hijos la traían a Bogotá y le daban kilos de Carbamazepina

(la misma que consumo pero por razones distintas) hasta hacerla regresar a los esquivos cauces de la razón. Vamos llegando al Alto de Cane, la quebrada suena al fondo, entre las tinieblas, yéndose, huyendo de la vida que vibra en las gargantas de las ranas. Por acá pasaré ocho años después en el techo del bus de Calambres con seis amigos, los del colegio, los de toda la vida, los imprescindibles, los que siempre estarán para recordar o para hablar o para vivir. Íbamos, decía, embruteciéndonos con Ron Tres Esquinas, con Peches, con el viento, con el sol, con el paisaje y con la juventud que parecía eterna y que veinticuatro años después de esta noche de luna nueva, de evocaciones, recuerdos y premoniciones, se deshilará en las agujas de todos los relojes que le saldrán al paso, en los amores no correspondidos, en las encrucijadas, en todo quedarán aferradas las hebras de esa juventud que nos subirá a esa bus olvidado de la mano de Dios. Luego tomamos, tomaremos, porque será ocho años después de este viaje que empieza a hacerse largo, diez galones de chicha, 37,85 litros, 37850 centímetros cúbicos de bebida espirituosa, ancestral como la tierra a la que regresaremos el brebaje entre arcadas, entre la mirada asombrada de Cleotilde y las carcajadas de Javier. El que mejor estará será Diego Navarrete, a quien va dedicado este escrito, de quien quería hablar, pero la escritura es caprichosa, resabiada como una mula: por más que uno le jale las riendas se va por esos andurriales espinosos, escabrosos, peñas por las que uno se puede ir de cara contra el mundo para levantarse sin dientes, sin un ojo, manco como aseguran que era Cervantes. Diego Navarrete, decía, estará más lúcido, pondrá orden en ese naufragio de murmuraciones, de exclamaciones que pedirán la atención de los demás, de carreras vacilantes para vomitar afuera, al lado del cerezo, bajo los andenes de la Vía Láctea. ¡Tanta lucidez en este laberinto de existencias descarriadas! Tomaremos caldo mientras los otros dormirán los excesos etílicos, redondearemos las pocas ideas que no se fueron por las cañerías de la noche. Después todo lo consumirá el olvido, la negligencia de esta cabeza que recuerda lo que quiere, lo que le viene en gana, de esta cabeza que mastica y bota, que chupa la savia de algunos instantes y bota el resto del día, con todos sus fillos, con todo y los millones de palabras que entraron y salieron de ella. Entre charla y charla vamos llegando a la Tienda de

Joaquín, la misma que me verá borracho cientos de veces, en la que correré para no morir asesinado por las balas de Jacinto Espitia, un veterano de alguna de esas guerras que le nacen al planeta como verrugas en su lomo, que me verá agonizar de amor por una muchacha que no me dará ni la hora, que me verá comprar una canasta de cerveza para mis amigos del colegio con plata ajena, con dinero hurtado. Es hora de bajarnos de este sonajero de ventanas y puertas desajustadas, contemplen las bombillas que empiezan a extinguirse en las montañas al tiempo que les llegan los sonidos lentos, uniformes, que conducen a Joaquín entre las breñas de su ceguera. Tomemos este sendero irregular que nos llevará a la casa en la que mi abuelo duerme su borrachera diaria, su eterna fuga de esta vida que lo devorará dieciseises años después, como me devorará a mí, como los devorará a ustedes, pacientes lectores.

BROMAS Y REFLEXIONES

300

Los ingenieros de Google han hecho algunos cálculos y creen que tardarán 300 años en indexar toda la información que existe actualmente para ponerla a disposición de los usuarios. 300 parejas se casaron el 8 de agosto del 2008 en Shanghái para aprovechar la “bendición” del ocho (más del 50% de ellas se han separado). En diciembre Walt Disney ubica 300 árboles de navidad siendo el más alto el de Disney’s Contemporary con 30 mts de altura. En este mismo lugar hay un total de 300 especies de animales, siendo en total 1100 animales. Los expertos afirman que en el 2020 China tendrá 300 millones más de hombres que de mujeres. Los bebés tienen 300 huesos (una persona mayor tiene 206), y se sueldan entre sí posteriormente. El corazón del erizo late un promedio de 300 veces por minuto. Un topo puede cavar un túnel de 300 pies de largo en solo una noche. La torre Eiffel mide 300 metros sin contar con la antena que tiene en su punta (esta mide 25 metros). Para el rodaje de Ben Hur (1925) se construyeron unos 300 decorados copiados de edificios, estatuas o pinturas reales. A pesar que existen 300 variedades de roble en el mundo, sólo dos son útiles para añejar vino (el roble europeo y el roble americano). En el 2007, en la Unión Europea se desecharon 300 millones de neumáticos. Según el libro Guinness el halcón Peregrino alcanza velocidades de 300 kilómetros por hora. General Motors donó 300 automóviles para que se usasen en la película Matrix Reloaded (todos los autos fueron destruidos). Durante el sueño perdemos un promedio de 300 gramos de peso. Existen 300 especies de palomas en el mundo. 300 palabras componen este post que es, a su vez, el post número 300 de este blog.

El sexo oral previene el cáncer de mama³

Según la Sociedad Estadounidense de Cáncer (ACS) el año pasado se detectaron en Estados Unidos 184.450 casos de cáncer de mama y murieron por este padecimiento 40.930 mujeres. En este mismo país los investigadores de la Universidad de Carolina del Norte descubrieron que de las 15.000 mujeres que conformaban el proyecto, las que practican el sexo oral dos o más veces a la semana, eran menos propensas a contraer este tipo de cáncer.

Lo favorable de la práctica no está en los movimientos de la lengua ni en el ejercicio de los músculos del cuello sino en la ingestión del semen ya que la densidad de enzimas y proteínas, en dicha sustancia, inciden positivamente en la disminución de los factores de riesgo. El resultado muestra que, en efecto, el grupo de 6,246 mujeres que tenían sexo oral, en los cinco años anteriores al inicio de la investigación, con una tasa superior a dos veces por semana, tenían una incidencia del 1.9 % de cáncer, en tanto que las 9.758 restantes tenían el 10.4 % contraído la aterradora enfermedad.

A propósito de los resultados de esta investigación, el Doctor Kramer, de la facultad de medicina de Johns Hopkins (que, entre otras cosas, no está vinculado a la investigación), afirma: “I am surprised by these findings, but am also excited that the researchers may have discovered a relatively easy way to lower the occurrence of breast cancer in women”. Yo, al igual que el doctor Kramer, me encuentro bastante excitado con el promisorio horizonte que este descubrimiento promete. La primera y obvia consecuencia de esta noticia es el vertiginoso aumento de las felaciones, como lo confirma la doctora Helena Shifteer, miembro

³ Este texto me granjeó ser citado en un artículo de Vive in (del periódico El Tiempo de Bogotá), una entrevista a una emisora Venezolana y miles de visitas mensuales, lo cual es absurdo dado la evidente intención de bromear con el estudio ficticio que publicó CNN a comienzos del año dos mil nueve.

del equipo de investigadores: “Since the emergence of the research, I try to fellate at least once every other night to reduce my chances”.

Ante estos resultados no podemos menos que ofrecer nuestros importantes servicios a todas las mujeres que requieran de ellos. Pienso, en primer lugar, que debe caer la execrable monogamia que coarta las libertades individuales y que restringe, por ende, la posibilidad de ayudar a las jóvenes que no cuentan con un hombre que oficie de redentor. Propongo, por tanto, que todo hombre provea dos dosis a tres señoritas y que dé una a una cuarta mujer. Esta desafortunada doncella tendrá que buscar otro individuo para la segunda toma. Las mujeres, en contraprestación al servicio, trabajarán, limpiarán y solventarán todas nuestras necesidades.

Ahora, a las mujeres que consideren que este trato es discriminatorio les recuerdo que el hombre evacua, en promedio, 4 mililitros de semen en cada eyaculación. Si esta cantidad la multiplicamos por 365 días tenemos 133.225 mililitros, o, 133.2 litros de semen en un año. Bajo el supuesto que el hombre “trabaje” durante 40 años tenemos que este pobre sujeto habrá expulsado de sus entrañas 5329 litros del que podemos denominar, sin riesgo de exagerar, oro blanco. Téngase en cuenta, asimismo, que hay 18 miligramos de proteínas en cada litro de semen, lo que indica que en los 40 años de denodados servicios nuestro sacrificado hombre habrá perdido 95.9 gramos de proteínas (95.922 miligramos, para ser exacto). Todo esto sin tener en cuenta el necesario gasto en esparcimiento y en reproducción. ¿Después de estos datos siguen considerando que no nos esforzamos?...

Si usted piensa, para finalizar, que el cunnilingus cura, en contraprestación a su ejercicio y al consumo de sustancias oleaginosas, el cáncer de próstata y que, por ello mismo, usted exige el sexo oral de cuatro hombres a la semana, se equivoca. El año pasado en el Journal of Clinical Oncology apareció un artículo que asegura que el cunnilingus causa cáncer de garganta. Afirma, de hecho, que el sexo oral causa tantos cuadros de cáncer en la parte superior de la garganta como el tabaco y el alcohol. ¡Lo lamento!

Los dejen porque hoy inician el tratamiento las vecinas del 110 y del 212.

Existencia

Mi vida parece un camino caprichoso, testarudo, atestado de abismos por los que desciende presuroso, con velocidad de derrumbe, de picos por los que trepa lento, negligente, hasta perderse en los algodones de las nubes, de curvas por las que hace chillar las llantas de los minutos que transitan por su asfalto pedregoso, de baches por los que salen volando las responsabilidades como si fueran cometas descarriadas, de hondonadas que se encharcan de recuerdos, de encrucijadas por las que tuerce su rumbo por años hasta que sale algunos metros más delante de donde se había extraviado. Digo que parece porque si usted la mira detenidamente quitándole los chichones y los barrancos, despojándola de las curvas asesinas, y no digo que se las suprima como se elimina un trazo con un borrador sino eludiendo sus insinuaciones, sus alardes de desviación, se dará cuenta que no es otra cosa que un camino recto, sin una sola ondulación, sin una intersección en la que se tenga posibilidad de elegir. Recto como dicen que son las carreteras que llevan al infierno, rectico, como diría mi mamá con esa capacidad tan suya de abreviar lo que no tiene extensión, de contraer los significados hasta hacerlos inofensivos, horizontal como el empalme del mar y el atardecer, así es mi vida... y la suya, paciente lectora y atento lector, o paciente lector y atenta lectora, puesto que estoy seguro que usted está entre quienes piensan que las pérdidas son un retroceso, o que los problemas son una desviación del camino, pero no es así, no es que se haya ido para otro lado, que se haya estancado en el mismo punto o haya dado media vuelta y regresado por donde vino; no, usted siguió avanzando sólo que el paisaje es similar, casi igual, al del mes o semana anterior, pero está en otro lado, más adelante del anterior, adelantico diría de nuevo mi mamá, pero sigue, continua en esta línea que une el nacimiento con la muerte sin manera de arquearlo, de frenarlo, sin forma de retraerse de sus afanes. Así vamos por la vida, o la vida va por nosotros: tiesa como un riel, inconmovible en su trote

de mula resabiada, dirigiéndonos hacia las manos que nos cerrarán los ojos, hacia las piernas por las que perderemos la razón y de quienes nos esconderemos en Estados Unidos o Canadá, hacia los hijos que nos esperan en una villa de pescadores, hacia este texto que la empujará hacia mí o que lo incitará a enviarle el link a la muchacha que será, con el paso de los días, su esposa...

AMOR-DESAMOR

Instrucciones para Despedir un Amor

Reemplace los ojos que lo amaron; destituya los gladiolos que murmuran desde el pasado; corte la mano que acaricio su frente y entiérrela en los surcos del olvido. Tronche, acto seguido, la luna y expulse las tinieblas que suspiran su nombre. Es de suma importancia que no olvide, en este punto, apagar la voz que susurraba poemas de Sábines y los labios que medían la geografía de su piel (si no toma en cuenta esta advertencia es probable que la traicione el corazón). Acuchille, una vez se han cerrado las rutas de la evocación, los versos que palpitan detrás de la fotografía, borre las estelas de su sonrisa, anule su voz, apuñale sus palabras, lije sus abrazos, degrade sus afirmaciones y repudie su memoria. Saque -si su voluntad no se ha desmigajado en alguno de los pasos anteriores- la mano que le queda (recuerde que la otra está enterrada en los surcos del olvido); despídase de él, de usted, de las calles que concurrían a su cinismo, del gorjeo de las alondras, de sus besos y de aquel rincón de su cuerpo al que se aferraba en las noches de desasosiego. Encienda, para terminar, su mejor sonrisa y entréguese al azar de los amores susurrantes.

Existen días en los que pienso que...

Una frase afortunada, una mirada en mitad del silencio o el roce leve, acaso etéreo, de mi mano sobre tu angélica piel hubiese sido suficiente para inclinar la balanza hacia el amor. Me entretiene, asimismo, imaginarte sonriéndome en la penumbra de tu cuarto (que sospecho amplio, con inmensos ventanales por los que entra la madrugada meneando la cola), dibujando con tus manecitas de querube los caminos por los que transitarían tus besos delgados, acaso temblorosos, de renegada, en medio de sigilosas palabras, de versos clandestinos, con los teléfonos amordazados, con las puertas bajo llave, con los compromisos con la frente pegada a la ventana y con los escrúpulos extraviados en los meandros de la moralidad. En esos días (hoy es uno de ellos) examino tus fotos para rescatar las frases que nos observaban desde su imponente, entre el murmullo de estudiantes, entre mesas que cojeaban y la brisa que se llevaba hojas y lápices en los encajes de sus manos. Les remuevo, una vez las he recuperado, las cenizas del olvido, el relente de soledad y de cobardía, hasta que empiezan a brillar, a tener la facultad de abrir aquella puerta por la que entraba, de medio lado y sin hacer ruido, a tu universo de rosas y agujijones...

Alborada

La conoces justamente cuando empieza a abandonar los vértices de la adolescencia, cuándo aún queda inocencia en su mirada y las caderas continúan en su afán de alejarse de la odiosa rectitud; te contempla con curiosidad, te habla con una mezcla de ansiedad y respeto, como si vinieras de otro planeta, como si fueras el primer hombre que se acerca a su comarca de especulaciones, a su universo de prevenciones; los únicos que he conocido, te dice, se dice, son niños, simples niños, repite con ojos que se abren desmesuradamente para justificar los besos a escondidas, las caricias urdidas a la sombra de álgebra; te mira de nuevo, una vez, acaso dos, sonrías, te vas con ella por historias que se extravían en los horizontes de su memoria embrionaria, piensas en tu esposa que te espera en la otra orilla de los treinta, en el mismo margen en el que estabas antes de desandar los años, de caminar cuesta arriba por estos senderos cenagosos y caprichosos del tiempo que te regresan al Ahora que es, de alguna manera, de muchas maneras, tu Ayer pero más venturoso ya que, hay que ser sincero, ninguna jovencita, cuando tenías dieciséis, acaso diecisiete, te miraba, o no lo hacía de esa manera tan luminosa, tan insinuante, ni mucho menos siendo tan atractiva como la que tienes al frente; te entristece saber que llegó en el instante en el que tú estás dando tumbos, hundiéndote, saliendo a flote, en mitad de este río enorme que llamamos vida y en el que ella hasta ahora está en las riberas metiendo los piecitos para tazar la temperatura del agua o chapaleando cerca de la orilla; te levantas dando algunas excusas, le dejas un beso largo y palpitante en su mejilla y te vas con la madurez que te insinúa que en poco tiempo empezará a desteñirse a causa de tanto compromiso acumulado, de tanto amor silencioso y silenciado, de tanta aventura de final incierto, brumoso como los años que se le irán encima como una montaña rugiente, hasta que te alcance en

algún recodo de ese río que algunas veces se hace manso como los pétalos y otras irascible como las espinas...

(el libro completo lo pueden hallar en Amazon <http://www.amazon.com/Con-Vocaci%C3%B3n-Espina-Editorial-Foundation/dp/1478204117>)

http://www.amazon.es/Con-Vocaci%C3%B3n-Espina-Editorial-Foundation/dp/1478204117/ref=sr_1_1?s=books&ie=UTF8&qid=1342111205&sr=1-1